

XXIII

EL DÍA SIGUIENTE DE UNA CAÍDA

Por la noche, después de un día empezado en medio de angustias punzantes y felizmente terminado, Germana comprendió, al llegar á su casa, por los aires misteriosos de la portera, que tenía una comisión diplomática que cumplir con ella.

La señora Pellerin tenía fuego en los ojos y cierta animación maliciosa, como si lo que pasaba tuviera el privilegio de hacer revivir en ella impresiones de otro tiempo.

También el viejo sastre, acurrucado en su rincón como un vendedor marroquí de dátiles, bajo un mechero de gas, cuya luz alumbraba su cabeza calva, coronada de pelos grises, y su gabán polvoriento, reflejaba en su rostro cierta camandulería voluptuosa.

—Señorita Germana—dijo la señora Pellerin á media voz.

—¿Qué hay?

—Una cosa que no me atrevo á decírsela.

—¿Qué es ello?

—Un señor. Figúrese, señorita Germana—la portera acentuó ese *señorita Germana* como un cortesano podía decir *su alteza* ó *vuestra majestad*.—que un señor, no un cualquiera, sino uno muy elegante, muy distinguido, ha entrado aquí hace un instante. Me preguntó por usted; si había venido. Tenía á la puerta un carruaje soberbio, con unos caballos que piafaban...

—¿Y qué?

—Como no estaba usted aquí, nos ha explicado muy cortésmente que tenía algo muy grave que decirle. Me ha rogado que le condujese á su cuarto, donde la esperaría. No era cosa de que esperase en la calle, ¿no es verdad? He creído que hacía bien. ¡Un señor tan elegante!

—Está bien, está bien.

—Está en su cuarto.

—Bueno, ya voy.

El duque había tomado asiento en la única butaca que había, un poco turbado al ver aquel cuarto modesto, que era para él como la revelación de otro mundo, honrado, pero sencillo y mal instalado.

Hallábase inquieto, como si hubiera cometido una especie de sacrilegio, una profanación en una iglesia.

La llegada de Germana disipó aquellas nubes. Le pareció que la obscuridad del cuarto desaparecía también repentinamente.

—¿Me perdona usted la libertad que me he tomado?—dijo él.—Era preciso que la viese. ¡Un día sin verla, sería demasiado largo!

No se atrevía á tutearla. Tenía miedo de que ella no le quisiese, por el lazo que la había tendido.

Germana no contestó en seguida. Se había quitado su sombrero y atusado sus cabellos, que estaban en desorden después de un día de trabajo. Cuando volvió cerca de él, le dirigió una mirada tierna y sumisa.

—¿No me ha olvidado?—dijo.—Eso es muy generoso, y, la verdad, no lo esperaba.

—¿Y si no hubiese vuelto?

—Sin duda alguna, eso hubiera sido mejor.

—¿Por qué?

—Le hubiese olvidado ya y hubiera sido feliz seguramente. Recordaría mi aventura de ayer como una leyenda ó una fábula que hubiese leído en un libro. Lo que me ha sucedido es tan inverosímil, que apenas lo creo. Está usted ahí; lo veo y me pregunto si es usted, y si no sueño despierta.

Ella sonreía dulcemente.

—Después de todo—dijo,—¿quién puede asegurarnos que la vida es otra cosa que una ilusión, un sueño?

Hablaba tranquilamente, sin fiebre, sin embarazo, de pie, delante de su amante.

—¿Quiere usted que le cuente una historia?—dijo ella sentándose á su lado; esto le distraerá. Lo que busca son distracciones, ¿no es verdad? No me persuadirá usted de que le haya inspirado una gran pasión. No valgo para inspirarla, y, no le creería. Yo no soy romántica. He reflexionado sobre lo que me ha sucedido. Se ha divertido como si hubiera ido al *Francés* ó al *Vaudeville* á ver una comedia nueva. La nuestra le agradaba, tanto más, cuanto que usted es el autor. Ha desempeñado bien su papel; ha estado galante, amable, gracioso. Yo he estado tonta, presuntuosa. Siempre se cree una con un valor que raramente se tiene. No le dirijo ningún reproche. Soy más justa. ¡Solamente yo los merezco! Puedo entonar el *mea culpa* golpeándome el pecho.

Cuando regresé, estaba destrozada, cansada. ¿Qué es lo que recibí para acabar de aplanarme? Una carta de ese cajero del almacén, que quería

casarse conmigo. Nos había espiado por la mañana y me vió partir con usted. Le juro que en aquel momento me había prometido no acceder á sus deseos y decirle sin enfado: Pero ¿por qué habré tenido ese *vis-à-vis* con usted?; que no nos veríamos más. La casualidad lo ha dispuesto de otro modo. El cajero me ha tratado como á la última de las últimas. Me ha arrojado á la cara todas las infamias que ha recogido en el arroyo. ¡Pobre muchacho! ¡No es él, son sus celos los que hablan!

Al ir esta mañana al bazar, estaba muy inquieta. Me figuraba que todo el mundo, el inspector, el dueño señor Perrolet, el señor Bouret, iban á comprender lo que me había pasado. Yo me ponía encarnada, verde, pálida, de mil colores, según las gentes con quien me encontraba. Por mi cara han debido pasar todos los colores del arcoiris. ¡Es extraño! Nadie se ha dado cuenta de nada. Entonces experimenté una alegría loca. ¿Qué quiere usted? Amo esa casa, amo la figura, la buena figura del señor Bouret, como la de mi jefe el señor Perrolet, como la del señor Labievre. ¿Usted no los conoce? Son muy buenas personas. Yo esperaba reproches. En vez de eso he recibido mil cumplidos.

He aquí por qué estoy alegre esta noche. He sido muy dichosa al ver que no leían nada en mi cara, que no adivinaban mi tontería y que me hallaban cambiada con ventaja mía. Debo decirle que desde que yo hube recibido sus cartas perdí mi buen humor. Estaba sombría como mi traje de toda la semana. Al ver mi cambio han venido á felicitarme. No había nadie más que Josse-
lin que me mirase con ojos amenazadores.

—¿Quién es Josselin?

—El cajero, mi enamorado trágico. Un sabo-
yano del lado del Piamonte.

—¿El que la ha espiado, Germana?

—Sí; pero no es culpa mía: él ama con la vio-
lencia propia de las gentes de su país. Yo no sé
qué es lo que me ha sucedido; había nacido, como
tantas otras, para ser una buena madre de fami-
lia, muy sencilla, muy tranquila. Los grandes
amores me asustan, me estremecen. No me
gustan.

Aquí, para *inter nos*, eso es bueno en las no-
velas, pero enojoso para la vida de todos los
días. ¿Creerá usted que por las noches, cuando
me acompañaba, me contaba para asustarme
historias de puñaladas?

En su país se apuñalan por poco más de nada,
jugando á las bolas, al piquet. ¡Tienen la sangre
muy caliente! Vuelvo á mi asunto: no saben en
el almacén lo que ha pasado; nada me impide
que conserve mi puesto. ¡Esto es lo que me cau-
saba miedo! En fin, todo va bien. ¡Si supiera us-
ted cuántas muchachas hay que no pueden pro-
curarse un empleo! ¡Un miserable empleillo don-
de les dan para vivir treinta ó cuarenta francos
al mes, menos de lo que ganan las cocineras y
las doncellas! ¡Me hubiera causado una pena
inmensa tener que separarme de los que me
aman y que tan buenos son para mí! ¡No cam-
biaré en nada mi manera de vivir! Lo he deci-
dido.

—¿Y de mí? ¿Qué es lo que va usted á hacer
de mí en sus arreglos?

—¿De usted?

—Sí.

—Nada.

—Gracias; pero es muy poca cosa.

—Un amigo, si quiere usted.

—¿Nada más que un amigo?

Ella movió la cabeza con coquetería.

Después, levantándose, le puso las manos so-
bre los hombros.

—Veamos, sea usted franco, le dijo.—¿Es
que usted siente algo más?

—¿Puede usted dudarlo?

—Mucho.

Él la atrajo hacia sí, electrizado por aquella
gracia inocente y llena de encanto.

—¿Usted me cree de hierro ó de mármol?—
dijo.—Escúcheme á su vez. La he dejado hablar
tanto como ha querido. Yo había previsto otra
existencia para usted. Yo quería sacarla de esa
casa donde se consume, en una ocupación que
la marchita y la aja sin enriquecerla. La hubiera
dado lo que pudiera desear. Nada le faltaría. Es-
cogería su retiro para disponerlo en seguida, se-
gún su fantasía, y aseguraría su porvenir. Ten-
dría usted sus criadas, lo ordenaría todo según
su capricho. No tenga escrúpulos, corte por lo
sano: nada me costará prepararla un nido digno
de usted. Solamente la pido que me conceda el
derecho de verla, de amarla, de recibir mis ami-
gos, al menos los que sepan agradecerla. ¿Es esto
tan difícil? Contésteme. ¿Acepta?

—No. He podido sufrir un extravío, pero no
quiero venderme.

—¿Entonces todo se ha concluído?

—Compréndame bien, Fernando—dijo ella
con melancólica resignación.—Yo no soy mala,
se lo aseguro. Si me ama usted verdaderamen-

te, que lo dudo, rodeado como está de mujeres admirables, más bellas que yo, no quiero hacerle sufrir con mi negativa. Venga aquí cuantas veces quiera, como esta noche. ¡En obsequio á mi honor, no lo diga! Sea usted mi amigo, mi... —y dijo una palabra en voz muy baja, como si le quemara los labios— puesto que es así como hay que decirlo ahora; he sido bastante débil y ligera para ceder ayer; no me arrepiento hoy. Ameme como pueda. Tengo el presentimiento de que este amor no durará. Cuando deje de amarme, me lo confesará francamente. Espero que me estimará lo bastante para decirme la verdad. Yo no tengo energía, pero usted no tendrá derecho para acusarme. Es todo lo que le pido. ¿Quiere?

—¡Eres adorable, eres un ángel de bondad!

—Quiere decir que me ama usted todavía. No es más que el segundo día —dijo ella contando con los dedos.

Desde la acera de enfrente, Josselin, que había reconocido el carruaje del duque en el rincón de la calle des Petits Champs, espiaba las sombras que pasaban por las cortinas.

La tranquilidad de Germana en el almacén le había despistado.

Había concebido dudas. ¡Tal vez no fuese ella tan culpable como él había creído! Hasta había imaginado suposiciones en favor de la causa de Germana contra él mismo.

Pero la certidumbre estaba allí.

¿No era esto claro? La verdad saltaba á los ojos.

Cuando á las once y media el duque se fué con un cigarro en la boca, pasó casi rozando al



...el duque, con un cigarro en la boca,
pasó casi rozando al cajero.

cajero, que estaba parado debajo de un soportal, y le hubiera matado con los ojos si hubiera tenido en ellos poder. Así que desapareció el cupé, Joselin se alejó con la muerte en el corazón, después de arrojar una mirada á la ventana, que había quedado sumida en la obscuridad.

XXIV

EL DÍA Y LA NOCHE

A partir de aquella noche, una nueva vida comenzó para Germana, vida por partida doble.

Durante el día, la dedicaba toda entera á sus asuntos y á su ocupación en el almacén.

Por la noche, al entrar en su casa, encontraba á menudo al duque, que la esperaba.

No sorprenderemos á nadie al afirmar que ella era feliz los días en que no encontraba á nadie y podía dormir en paz como otras veces.

Germana había sido débil. Su caída había sido una sorpresa de los sentidos.

Cedió por bondad; pero cuanto más tiempo pasaba, mejor comprendía que no amaba á Rochebonne, y que, por ambos lados, la hora de la saciedad no tardaría en sonar.

Aquel desocupado, que hablaba de todo con un escepticismo sardónico; que durante su juventud se había acostumbrado á despreciar á las mujeres, porque no había tratado más que á las que

no eran honradas; ese privilegiado que tenía, á pesar de sus formas corteses, guardados todos los prejuicios del nacimiento y de la sangre, perdía cada día terreno en su corazón, á pesar de sus atenciones y la reserva delicada que le imponía la naturaleza de sensitiva y la distinción suprema de Germana.

Ella se arrepentía amargamente de haberse arrojado en sus brazos en un momento de extravío y de vértigo; pero no tenía el valor de romper unas relaciones que el tiempo se encargaría de desatar. Él, sin sentir una pasión violenta, de lo que era incapaz, gustaba mucho de su amada; conocía demasiado el mundo para no apreciar las exquisitas cualidades de esta mujer esencialmente buena y graciosa.

No hubiera retrocedido ante ningún sacrificio para asegurarse la posesión, pero la posesión fácil, cómoda, libre y sin trabas, en la casa suntuosa que la dedicase, en medio de ese lujo que es á la belleza lo que el marco al cuadro, donde hubiera podido entrar á todas horas, llevar á sus amigos y gozar con las envidias que despertase. Porque, en el amor caprichoso, la vanidad satisfecha entra por más de la mitad.

Diferentes veces trató de encaminarla para que le diese esta satisfacción.

—No puede usted comprender hasta qué punto seríamos felices— la decía él.— Se marchitará pronto con tantas fatigas. ¿Por qué persiste en su resolución?

Ella fué inexorable.

—No me quite usted mi última ilusión— respondía sonriendo.— ¡Me creo todavía una muchacha honrada! ¿Y después?